

dad y justicia en el rey, para que su trono se consolide. (1) No lo dude nadie: los buenos consejeros son, para los gobernantes, los bastiones que defienden una fortaleza, y preservan su plaza interior del peligro de ser demolida; pero los consejeros malos son la mina latente en los cimientos de una casa, que salta cuando ménos se piensa. Estamos asistiendo, hace cien años, á los tristes funerales de grandes monarquías, cuya desaparicion se debe en lo general á los doctrinarios, quienes han tenido á los reyes, como magnetizados en una atmósfera de mentiras paliadas con mil sofismas; no siendo el menor de ellos ni el menos peligroso, el que inventaba atribuciones de poder que los reyes no tienen, para intervenir en asuntos que les están vedados. Y ¿qué es lo que han encontrado los reyes al fin? Su ruina.

Admirable es el ejemplo que nos refieren sobre este particular los libros sagrados, en lo que aconteció al hijo de Salomón. Habiéndosele presentado todo el pueblo, al ir á proclamarlo rey, pidiéndole que rebajase las gabelas que su padre les habia impuesto, no quiso, en su aturdimiento, seguir el consejo de los ancianos sábios y experimentados, sino el de los que habian sido sus compañeros de juventud, quienes, siendo mozos como él, le aconsejaron que tratase al pueblo sin consideracion, y le contestase que, *si su padre los habia azotado con varas, él los heriría con gárfios de hierro.* (2) Triste fué el resultado para Roboam, pues perdió diez partes de su reino. Otros muchos ejemplos tenemos en la historia santa, de lo perjudiciales que son para los gobernantes los malos consejeros; pero no es del caso referirlos, ni es este el objeto directo de este corolario. Deseamos descubrir la procedencia genética de los fraudes, con que se ha ido engañando á los reyes y á los pueblos, introduciendo en la sociedad esas doctrinas del nuevo derecho; y precisamente encontramos tambien en las sagradas Escrituras el verdadero génesis de todas esas mentiras. Algo larga es la narracion; pero en obsequio de

(1) Prov., cap. XXV, v. 5.

(2) III. Reg., cap. XII, v. 11.

materia tan interesante, bien puede consagrarse un buen espacio de tiempo: vamos pues á referir una historia muy antigua, pero que parece que está palpitando en este siglo de tamañas falsedades.

Sabido es lo que ocurrió entre el rey Acab y uno de sus súbditos en el campo de Jezrahel, y hemos dicho ya el modo brutal con que aquel se apoderó de la viña de este. Pues bien: Dios habia decretado que el rey usurpador muriese desgraciadamente en castigo de ese crimen, y de otros muchos cometidos contra la religion. Aquí es donde empieza una de esas magníficas epopeyas, que son tan frecuentes en las visiones de los profetas, y mucho más en las relaciones que hacian á los reyes y á los pueblos de los decretos del cielo. En ocasion de tener que salir á una guerra, convidó el rey impío al santo monarca de Judá y Benjamin, Josafat, á que le auxiliase con sus tropas y su presencia para ganar la victoria: accedió este gustoso á la demanda, pero con la condicion de consultar antes al Señor para saber su voluntad. Y en efecto, Acab reunió nada ménos que cuatrocientos consejeros, quienes puestos en presencia de ambos reyes, anunciaban al primero rectitud en sus acciones, justicia en sus obras, prosperidad en sus movimientos, y victoria en sus combates. Ni faltaron allí las simulaciones y la hipocresía; uno de estos consejeros, adoptando los modales y las palabras que, alguna vez mandaba Dios á sus profetas que empleasen para persuadir á aquel pueblo, amante de parábolas y de tipos, que decian la verdad, cuando presagiaban ciertos acontecimientos, mandó traer dos astas de buey hechas de hierro, y poniéndoselas en la frente, iba con paso veloz por delante de los reyes sentados en sus sólios, y gritando así: *esto dice el Señor; así, así has de echar tú á volar la Siria, ¡oh rey de Israel!* (1)

Otro tanto decian todos los consejeros; pero nada de esto satisfacía al santo rey Josafat: queria consejos sanos, procedentes de consejeros buenos; y para obtenerlos, preguntó á Acab, si no habria por el país algun pro-

(1) III. Reg., cap. XXII, v. 11.

feta verdadero del Señor. *Uno ha quedado, le contestó su colega; pero lo detesto, porqueno me anuncia cosas buenas, sino malas..... ¡Oh! No hables así, ¡oh rey!* le contestó Josafat: *haz que venga aquí;* y al poco llegó el profeta Micheas. Grande y sublime estuvo este profeta en presencia de los reyes: preguntado por el de Israel, si podía salir á la guerra ó no, respondió que sí, que saliese, pues el Señor pondría en sus manos la ciudad enemiga. Pero debió el profeta emplear tales modales, y hablar en tal acento de voz, que el rey comprendió, que su respuesta era una ironía; en vista de lo cual, le impuso un mandato solemne, de que le dijese simple y llanamente lo que Dios le hubiese inspirado. Díjole el profeta, enardecióse el rey, quejándose de un consejero, que jamás le auguraba cosa buena; y entonces este, levantó su voz, habló al pueblo congregado, y á los reyes, diciendo así: *oiga el rey mis palabras: he visto al Señor sentado en su trono, y á todo el ejército del cielo, asistiéndole á derecha é izquierda. Y dijo el Señor: ¿quién engañará á Acab, rey de Israel, para que salga á la guerra y muera allí? Y uno dió un parecer, y otro, otro. Pero salió el espíritu, (malo), y presentóse delante del Señor, y dijo: yo engañare á Acab: y ¿cómo lo engañarás, le dijo el Señor? A lo cual contestó; yo saldré, y seré un espíritu de mentira en los labios de sus profetas. Y el Señor le dijo: así es, engañarás y prevalecerás: vé y hazlo. Y ahora ¡oh rey! hé ahí que el Señor ha dado el espíritu de la mentira en la boca de todos sus profetas que están aquí, siendo así, que Dios ha decretado tu exterminio.* (1)

Hé ahí el espectáculo grandioso de este santo consejero, diciendo sin temor la verdad á los reyes, formando contraste con el ridículo de tantos cortesanos, que no querían que el profeta dijese al rey Acab, sino cosas halagüeñas. No hay para que referir que el rey salió á la batalla por consejo de sus indignos cortesanos, que se despojó de su manto real llevando el traje de soldado, y dejando que Josafat fuese al combate con púrpura y corona, para que lo viesan los asirios, y cargasen sobre él, cre-

(1) III. Reg., cap. XXII vv. 19 á 23.

yendo que era el rey de Israel: ni es preciso referir, que cuando habían cesado los ataques de ambas partes, cierto soldado despidió una saeta hácia los aires, que fué derecha al corazón de Acab, que este murió en el mismo campo de Jezrahel, y que allí mismo, donde había derramado la sangre inocente de Naboth, lamieron los perros la suya, según lo había anunciado Elías de orden de Dios. (1) De todo esto nos abstenemos, porque no pasa de ser un simple ornamento del discurso; pero está descubierta la verdad que deseábamos hallar. El autor de tanta mentira, inventada para engañar á los pueblos en la época presente, es el mismo que los ha alucinado en las pasadas; es el espíritu malo, de quien diremos lo que hemos dicho de la revolución: ¡Insensato! En su obstinacion no puede persuadirse, de que es impotente para destruir lo que Dios ha edificado: así combate sin cesar, para oprimir al Vicario de Cristo, ora sembrando iras y altanería en los corazones de los potentados contra el que tiene una potestad que los domina, no queriendo estos comprender, que este dominio es todo de amor y de suavísima paternidad; ora inspirando á sus consejeros máximas impías y anti-sociales; ora concitando las pasiones brutales de los pueblos, para que rompan el lazo de caridad, con que Dios quiere que estén unidos al que no quiere de ellos ni riquezas ni sudores, sino su felicidad temporal y eterna. ¡Insensato! repetimos: despues de diez y nueve siglos, aun no ha podido entender, que de él y para él hablaba Jesucristo, cuando dijo: *non praevalerunt: no prevalecerán.* (2)

Veán, pues, nuestros lectores quién es el autor de esos nuevos axiomas de política. El espíritu malo es el primero que alegó de su rebelion contra Dios el derecho de constituirse á su gusto perverso: quiso erigirse en monarca independiente, no obedeciendo á Dios: y ¿qué cosa hubiera sido más grata á su corazón maligno que la de establecer también el derecho de los hechos consumados? ¿Qué otra más halagüeña, que encontrar-

(1) III. Reg., cap. XXII v. 38.

(2) Mat., cap. XVI. v. 18.

se en posesion pacífica, sin que ninguno de sus iguales en el principado que Dios le habia dado, interviniese contra sus pretensiones orgullosas? Hubo, al contrario, en el acto, la intervencion armada de un príncipe fiel contra otro apóstata á la bandera que tenia por lema, *¿quién como yo?*, opuso Miguel otra que decia *¿quién como Dios?* y dióse en el cielo gran batalla, cayendo el dragon en el abismo, y afirmándose la paz en el empireo. El es tambien el que derriba del trono á los monarcas que siguen los malos consejos. ¿No vemos lo que se atrevió á hacer con el rey de los reyes? ¿No le presentó las grandezas de todas las monarquías, sus riquezas, sus glorias, y sus vanidades? Y ¿por qué hizo todo esto, sino porque sospechaba que habia encerrada en Jesucristo una dignidad sublime, y mayor que la de todos los reyes? Deseó saberlo con toda certeza; le ofreció engrandecerlo, extender sus dominios, darle muchos súbditos, y proporcionarle cuanto puede desear la ambicion, y apetecer la codicia; pero ¿para qué?, para derribarlo: *todo esto te lo daré*, le dijo: *si cayendo á tierra me adoras*.

(1) Desengáñense los reyes, que siguen las máximas de la revolucion: el demonio es quien las inspira, para arrojarlos de sus tronos; pues él no paga los servicios que se le prestan, sino con azotes y tiranías.

Insensatos son, por tanto, los que han atentado contra los derechos del Sumo Pontífice, adoptando las doctrinas inspiradas por el ángel de las tinieblas: el espíritu de la mentira ha presidido sus consejos, y al fin no encontrarán sino su propia ruina. El espíritu de Elías no ha muerto; léjos de eso, en primero de noviembre del año de mil ochocientos setenta, salió al camino, por donde Acab caminaba á tomar posesion de la viña de Naboth, y le echó en cara sus iniquidades, conminándole con las iras del cielo. Tiemble la revolucion: la roca de Sion, envuelta en nubes de gloria, ha despedido sus rayos contra ella: estos segun las órdenes del cielo, dan un viaje derribando la torre más alta que encuentran, volviendo al trono de donde son despedidos, y di-

(1) Mat., cap, IV v. 9.

ciendo, *aquí estamos*; (1) pero ellos saldrán de nuevo, y echarán por tierra á otras ménos elevadas torres. Hubo una saeta tirada al acaso, que voló á atravesar el corazon de Acab usurpador é impío, en los tiempos de la ley antigua; tambien la hubo en los de la nueva, que fué derecha, y sin ser dirigida á él, al corazon de Juliano, para que muriese imprecando al cielo, y diciendo: *venciste, Galileo*; y siempre que salga otro Acab que se apodere por la astucia, ó por la fuerza, de la viña de Cristo, plantada en la Sion de la Iglesia, saldrá un dardo del trono de Dios que acabe con él. Lo pasado nos responde de lo futuro.

CONCLUSION.

La sociedad civilizada por el Evangelio está como en atonía, sin poder dar razon de lo que pasa. La Europa está convulsa, sin poder entrar en la quietud que tuvo por largos años: casi la mitad de ella está presentando el estado anómalo que tenia el mundo en los tiempos de Julio César, cuando las legiones romanas, multiplicadas con superabundancia, decidian, entre lagos de sangre humana, de la suerte del mundo. La fuerza brutal está siendo la ley de los pueblos: á cada lustro se presentan escenas de carnicería, que solo se parecen á las de los Dardanelos en tiempo de Jerjes, á las de Actio en el de Marco Antonio, á las de Tito en Jerusalem. Casi en toda Europa se ha estado engañando á la Iglesia, des-

(1) Jo., cap. XXXVIII, v. 35.